

¿Cómo te llamas?

Busco con la mirada a mamá o a papá, pero no los veo.

Juan me dice adiós mientras se agarra de la mano de su padre, quien me mira y parece triste, pero empieza a andar con Juan sin volver la cabeza hacia mí.

Entiendo que nadie vendrá a recogerme del colegio, entonces empiezo a andar. Esquivo a todas las madres y padres abrazando a mis compañeros, porque me hace sentir triste.

Pienso en que camino me apetece tomar para volver a casa e intento no escuchar como los padres de mis amigos les preguntan qué tal el día, así que decido ir por el parque y acelero. Me pone triste que nadie me pregunte como me ha ido el día.

A mi lado pasa una señora muy alta, con unos zapatos preciosos y muy limpios. No puedo evitar pararme y mirarla. Tiene el pelo negro oscuro y largo y lleva un abrigo que parece calentito. Es muy guapa. No puedo dejar de mirar sus zapatos y pienso si habrá algún producto que use para limpiarlos, porque así les pediría a mis padres lo que esa señora utilizase para limpiar los míos.

Miro mis zapatos de nuevo y sigo mi camino.

En el parque hay un montón de palomas, a veces me gusta espantarlas, pero otras veces no, porque pienso: *pobrecitas las palomas, tan cómodas y tranquilas, ¿para qué voy a ir a molestarlas?* Creo que soy muy parecido a las palomas, los dos estamos sucios, pero intentamos estar limpios, los dos tenemos hambre, pero pocas veces nos dan de comer, los dos tenemos frío, pero no tenemos abrigos; la única diferencia es que ellas pueden volar, y si no les gusta lo que hay aquí se van y si no les gusta lo que ven allá vienen aquí. A mí también me gustaría volar.

Juan me contó que sus padres y él fueron de vacaciones a la playa este verano. Me dijo que vio un mejillón cerrado en la playa, yo le pregunté si no se lo comió y me dijo que los mejillones no le gustaban, que le gustaba más el cangrejo. Yo nunca he comido cangrejo, pero me gustaría comerlo, aunque si pudiera escoger entre ir a la playa y comer cangrejo, estoy seguro de que elegiría la playa.

Ve una piedra en el suelo que es perfecta para tirarla al agua de la fuente. La cojo y voy a la fuente. Me encanta tirar piedras a la fuente y ver como hacen ondas en el agua. La gente normal tira monedas y yo pienso: *¿por qué vas a tirar dinero?* Una vez, mamá no trabajaba y vinimos a la fuente a jugar, yo quise coger las monedas, pero mi madre me dijo que no lo hiciera, que eso estaba mal. No entiendo por qué no puedo coger esas monedas, seguro que hay cien euros y con eso podríamos comprarnos una casa mejor, una televisión, un balón y también lo que usase la señora para limpiar sus zapatos.

Vuelvo a andar hacia casa, ya me queda poco.

Salgo del parque, mi casa está dos calles más atrás, no puedo ver mi edificio, pero puedo olerlo. Mi casa huele a pescado y creo que yo a veces también huelo así. A veces cuando espero a que el semáforo se ponga en verde la gente de mi alrededor se aparta de mí y veo como se tapan la nariz, aunque hago como que no lo veo. Me pone triste que la gente no quiera estar a mi lado.

Llego a mi calle y la señora María está en la puerta del edificio.

—Pero ¿quién está aquí? —me dice con una sonrisa muy grande en la cara.

—Hola señora María, ¿cómo está?

—¿No han ido a recogerte a la escuela? —parece decepcionada.

Miro al suelo, porque me da un poco de vergüenza responder.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

Asiento. Me entra el hambre solo de pensar en los bizcochos de la señora María. Mi favorito es su bizcocho de limón, podría decir que es el mejor de la ciudad. Si la señora María se presentase a un concurso de cocina, seguro que lo ganaría.

—Vamos dentro que te doy un trozo de bizcocho.

La sigo hasta llegar a su casa y entramos a la cocina.

—Siéntate. —Dice la señora María mientras señala la silla en la que siempre me siento.

Corta un trozo de bizcocho y me lo da. Es de limón. La señora María me hace muy feliz.

Una vez la señora María me regaló un patinete por mi cumpleaños. Era un patinete morado, que había sido de su hijo y él ya no lo iba a usar, porque no vive en casa de la señora María. Yo me puse muy contento y fui a enseñárselo a mis padres, pero se enfadaron mucho. Nunca entendí porque se enfadaron, pero mi madre fue a devolverle el patinete y recuerdo que gritó mucho, le dijo que se metiera en sus asuntos y que ella sabía cómo criarme. Entonces me quedé sin regalo de cumpleaños. A partir de ese día la señora María y yo nos vemos a escondidas, me dice que no se lo puedo decir ni a papá, ni a mamá, porque pasaría lo mismo que con el patinete, y con los bizcochos de limón no se juega.

Me habría gustado enseñarles a mis amigos del colegio que yo también tenía cosas, pero no pude hacerlo. Seguro que todos mis compañeros hubiesen querido montarse en mi patinete y yo se lo hubiese dejado. Además, los niños del colegio son muy buenos, siempre me dejan jugar con sus juguetes, incluso una vez Juan me dejó llevarme su muñeco a casa.

—¿Está bueno?

Asiento con la cabeza a la señora María.

—Deberías subir a casa, tus padres se van a preocupar.

No quiero irme, pero la señora María tiene razón.

—Gracias Señora María.

—De nada, ya sabes que puedes venir cuando quieras.

Salgo por la puerta y subo las escaleras, que cada día se hacen más estrechas. Un día se lo dije a la señora María, y ella me dijo que sería mi impresión porque estaba creciendo. Me explicó que las escaleras no pueden crecer de un día para otro porque no tienen vida, están como muertas.

Llamo a la puerta de casa para que mis padres me abran. No me abren y vuelvo a llamar. Oigo movimientos dentro y alguna voz, entonces decido esperar un poco más.

Se abre la puerta.

—Ah eres tú... —dice mi padre aliviado.

—¡Hola! ¿Qué estabas haciendo?

—¡Rosa! ¡Rosa! —grita hacia su habitación y la de mamá. —¡Ya puedes salir!

Miro hacia el pasillo de casa aún sin quitarme la mochila del colegio. De la habitación sale una mujer con el pelo muy amarillo, de piel morena y con ropa desarreglada, sus zapatos estaban sucios, como los míos, no tenían nada que ver con la mujer de los zapatos bonitos.

La mujer viene hacia nosotros mientras se coloca una chaqueta negra que parece vieja.

—¿Te acuerdas de mí? —La mujer tiene un aliento horrible.

—No —respondo.

—Pero Rosa, ¿qué coño dices? —dice mi padre.

—¿Qué pasa? —dice Rosa.

—Creo que no te he visto nunca —digo.

—Pues espero verte más, ¿verdad cariño? —le dice a mi padre.

Miro a mi padre, que mira hacia los lados, como si estuviera buscando un sitio al que huir. Se que mirada es, porque a mí me pasa lo mismo cuando en el colegio jugamos al escondite y tengo que buscar el sitio perfecto para correr y que no me encuentren. Pero ahora no estamos jugando al escondite.

—Sí. —Mi padre se rasca la cabeza.

Rosa le da un beso en la boca a papá.

—Adiós —dice mientras sale por la puerta.

Solo había visto a mamá darle un beso en la boca a papá, pero no creo que tenga importancia, seguramente se lleva muy bien con Rosa y por eso se han despedido así. Mi padre es un señor bastante divertido y Rosa se habrá dado cuenta, por eso quiere quedar más con mi padre. Parecía una mujer agradable.

Me levanto de la cama para ir a desayunar.

—¡Mamá! ¡Mamá! —grito.

La hora del desayuno es el único momento en el que veo a mamá, porque se pasa todo el día trabajando, se va antes de que yo vaya a colegio y viene después de que me acueste. Por eso me levanto media hora antes, porque si no nunca vería a mamá. A veces por las mañanas me da sorpresas; una vez me trajo un huevo de chocolate, otra vez me trajo un libro de un conejo super héroe y otra vez me regaló una bolsa de chuches para que la compartiese con mis amigos del colegio. Ese día, mis compañeros se sorprendieron mucho, porque sus mamás no les dejan comer chuches, ni chocolate y ni siquiera juegan con ellos cuando tienen la tarde libre, cosa que mi mamá hacía antes de que empezase su otro trabajo. Y yo pienso: *debo tener la mejor mamá del mundo*.

Llego a la cocina y me encuentro a la señora María abrazando a papá. Me quedo inmóvil en la puerta de la cocina, no me muevo, no respiro y solo miro. Se sueltan del abrazo y papá se frota la cara. Papá está llorando.

—¿Y mamá? —digo.

Ambos me miran. No se habían dado cuenta de que estaba ahí.

La señora María mira a mi padre que no me quita la vista de encima. Papá tiene los ojos pequeños y muy rojos, parecen hinchados.

—¿Qué tal has dormido? —dice la señora María mientras viene hacia mí. —¿Qué quieres desayunar?

Miro a la señora María.

—¿Y mamá? —digo de nuevo.

Mi padre, que parecía más sereno, rompe a llorar y yo comienzo a asustarme.

—¿Qué pasa? —pregunto. —¿Dónde está mamá?

Sigue llorando desconsolado y con la cabeza agachada.

—Cariño —dice la señora María. —Hoy no vas a ir al colegio.

Llaman al timbre y la señora María va hacia la puerta, mientras yo me quedo en la cocina con papá. Oigo la puerta abrirse, oigo personas hablar, oigo la puerta cerrarse, oigo a papá llorar. Entran tres personas a la casa, dos con un uniforme de color azul, creo que son policías, y otro con un traje muy bonito, y con unos zapatos relucientes.

—Venga vamos —dice la señora María mientras coge mi mano y me lleva al salón.

Me siento en el sofá, la señora María me trae un vaso de leche y vuelve a la cocina. Intento escuchar lo que dicen las personas que ha entrado a casa, pero solo oigo frases sueltas cubiertas de los llantos de papá: “¿sabía usted la profesión de su mujer?” “¿dónde estuvo ayer?” y otras preguntas de ese tipo.

Salen de la cocina y se dirigen a la puerta de casa.

—Le mantendremos al tanto —dice uno de ellos mientras salen de casa.

Papá asiente y cierra a puerta.

La señora María se sienta a mi lado. Miro a ambos, a mi padre y a la señora María. Papá se sienta a mi otro lado.

—Mamá ha muerto —dice papá con la mirada fija en mí.

Yo no me muevo, creo que dejo de respirar, y siento un ardor en el pecho, un nudo que sube y baja dentro de mi pecho. La señora María me frota la espalda, y me rompo. Mi cuerpo comienza a romperse poco a poco, y a la vez una energía sale de mí, no me puedo controlar. No lloro, no miro, no siento. Solo ese ardor destroza mi pecho. No siento las piernas y tampoco los brazos. No sé qué me pasa. Puedo ser yo, o puedo no serlo. Cierro los ojos.

Me visten de negro. No sé qué día es hoy. Me llevan en coche. Me pregunto si estoy muerto, porque ya no siento, ni veo, ni nada, pero ese ardor sigue en mí, acompañado de vacío.

Nunca había ido a un funeral, esta va a ser la primera vez. Papá, la señora María y yo esperamos a que metan una caja con el cuerpo de mamá en un agujero de tierra. No quiero que metan a mamá ahí. Mamá es muy friolera y ahí se morirá de frío, y de aburrimiento.

—¡No! —digo. Y cuando me doy cuenta estoy corriendo a la caja.

Nadie me agarra y comienzo a sentir algo. Con la fuerza de cien personas golpeo la caja, quiero que mi mamá salga de la caja. Golpeo fuerte, muy fuerte, tanto que la abro.

Mamá esta dormida, tiene los ojos cerrados, pero está magullada. La cara de mi mamá está dañada, ¿han pegado a mi mamá? No sé porque alguien le haría daño a mi mamá, tan buena, tan lista y tan divertida. Es mi mamá, pero ya no es mi mamá, porque mi mamá no está.

Mamá no está. Mamá estuvo y ya no. *Mamá no está*. Me rompo, pero siento. Siento pena de mí y lloro.

Los días pasan sin verlos y sin alegría. Algo dentro de mí ha cambiado, ya no me siento igual. Sentado en un banco enfrente de la fuente me acuerdo de ella y de cómo nos reíamos. No quiero volver a casa, me da miedo. Las cosas no son iguales, están pasando cosas que no entiendo. Cada vez que llego a casa está Rosa. Ella y papá se han hecho buenos amigos, y se ríen mucho, pero también gritan mucho cuando se meten en su cuarto. A veces no como, pero no me importa, y otras veces la señora María me da un trozo de bizcocho, pero ya no sabe igual.

Empieza a anochecer y decido volver a casa, a dormir, porque cuando duermo veo a mamá y me gusta verla. Al despertarme por la mañana hay unos segundos en los que me olvido de todo y creo que voy a desayunar con mamá, pero me acuerdo de que es mentira, es algo que mi cabeza se inventa.

Camino despacio hacia casa y miro mis zapatos, que además de sucios están rotos. Mis piernas están delgadas, miro mis manos y también lo están. Me da igual y sigo mi camino.

Veo un grupo de chicos más mayores que yo, probablemente vayan al instituto, que están esperando a cruzar la carretera. Cuando paso por su lado comienzan a taparse la nariz, empiezan a mirarme y a hablar bajito entre ellos.

—¡Qué asco! —dice uno.

—Hay gente que no sabe lo que es una ducha —dice otro.

Y comienzan a reírse.

Me fijo en ellos. Están muy bien vestidos, su ropa parece cara, y sus zapatos relucen, casi que brillan.

—¿Qué pasa? —dice uno. —¿No escuchas?

Le miro a la cara y tiene una sonrisa que me da asco. Y pienso: *si tú supieras*.

—¿Tampoco sabes hablar? —dice entre risas. —¡Dios! ¡Mirad sus zapatos!

Se ríen. No paran de reírse. Sus risas son como una pistola que se clava en mi pecho y me llenan de rabia. Corro hacia él y le empujo fuerte. Tan fuerte que cae a la carretera en el peor de los momentos. Veo como un coche pasa por encima de él. Oigo como la gente grita. Y yo le miro, y pienso: *una pena*.

Muchas luces blancas comienzan a apuntar al cuerpo del chico, y a mí. No me doy cuenta de lo que son hasta que tengo una frente a mi cara, son las luces de las cámaras de los móviles. Nadie me pregunta qué me ha pasado, ni nadie se acerca al chico, solo se limitan a grabarme a mí y a grabar a un cadáver.

Las luces blancas se convierten en azules al llegar los coches de policía. Me meten en uno de esos coches mientras sigo siendo apuntado por las luces blancas, no se separan de mí ni cuando cierran la puerta del coche, solo se van haciendo más débiles cuando el coche avanza y se va alejando de ellas.

En el coche solo hay silencio. Nadie me pregunta si estoy bien y pienso: *no le importo a nadie*.

Me sacan del coche, las luces blancas me vuelven a cegar y pienso: *¿cómo han corrido tanto?* Un montón de voces están gritando hacia mí, pero no veo quien las dice, porque solo puedo ver resplandores blancos.

Entro en un edificio donde no hay luces de cámaras. Me llevan por un pasillo muy largo, nada que ver con el pasillo de casa, y por él pasa muchísima gente, no para de pasar gente, hay gente con el uniforme de policía, hay gente en traje, incluso hay gente que lleva esposas.

Me sientan en una silla y se van, yo entiendo que tengo que esperar ahí, así que no me muevo. En frente de mí hay un chico bastante más mayor que yo, lleva ropa ancha, no tiene pelo y sus zapatos están igual de sucios que los míos. Me fijo más en él, y veo que tiene todo el cuello, su única parte del cuerpo visible, con tatuajes; está de lado y veo que tiene una mano esposada a la silla, la cual sujeta un móvil. En las películas de policías que he visto si estás esposado no puedes usar el móvil, pero supongo que son solo películas.

El chico levanta la cabeza y me mira. Yo disimulo y miro para otro lado, pero no puedo evitar fijarme en los numerosos piercings y tatuajes de su cara.

—¿Qué coño? —dice sorprendido.

Coge su móvil con la mano que no está esposada y me enseña su pantalla. Soy yo. Aparezco en su pantalla al lado del cuerpo muerto del chico que empujé. No se como ese chico tiene un video de mí, no lo entiendo.

—¿Cómo tienes eso? —pregunto.

—Estás en todo internet —dice. —Has roto internet, todo esta plagado de fotos de ti o videos tuyos.

El mundo comienza a caerse alrededor de mí y no entiendo porque me hacen esto. No se sabe que le paso a mi mamá, pero ahora todo el mundo sabe la historia de ese chico. Me da rabia y comienzo a llorar.

—¡Eh! No merece la pena llorar —me dice el chico. —¿Qué te hizo?

—Estaban diciendo que olía mal —digo mientras intento dejar de llorar. —Y se metieron con mis zapatos.

El chico mira mis zapatos y después me mira a la cara con una media sonrisa.

—Pues si llegan a ver los míos... —dice entre risas.

Me rio con él y creo que es la primera vez que me rio en mucho tiempo.

—¿Cómo te llamas? —dice.

Caigo en la cuenta de que llevo mucho tiempo sin decir mi nombre, realmente a nadie le han importado ni mi nombre, ni yo. No le importé a mi profesora de clase, no le importé al padre de Juan, no le importé a la señora de los zapatos bonitos, no le importé a los policías que vinieron a casa, no le importé al que puso a mamá en un agujero, no le importé al chico que empujé, no le importé a los policías que me trajeron aquí, pero lo peor de todo no es que yo no importe, lo peor es que a nadie le importa que mi mamá no esté, pero a todo el mundo le importa ese chico. Nadie ha sacado una cámara para grabar lo que le pasó a mi mamá, pero todo el mundo ha sacado una cámara para este chico.

No le he importado a nadie hasta hoy, el día que salgo en todas las pantallas como la persona que mató a otra persona, a nadie le importan las circunstancias, ni el nombre, ni la persona, a ellos solo les importan los zapatos que lleves. Si llevas los zapatos limpios importarás, si llevas los zapatos sucios no importas. Este chico tenía los zapatos limpios, mi mamá no.

—Me llamo Mario.